



¡COMPAÑERO!

En aquella ciudad todo era extraño, incomprendible. Un sinnúmero de iglesias levantaba al cielo sus cúpulas lucientes y polícromas, pero las paredes y las chimeneas de las fábricas eran más altas que los campanarios, y los templos hallábanse envueltos por el tumulto de los edificios industriales y se perdían entre los rectos muros de piedra, como flores fantásticas entre el polvo y la desolación de las ruinas.

Y cuando las campanas de las iglesias llamaban a la oración, sus broncíneas voces, arrastrándose sobre el hierro de los techos, se perdían apagadas en los angostos laberintos de las casas.

Los edificios eran inmensos y algunos bonitos; las gentes, deformes y mezquinas. De la mañana a la noche, los hombres, como corrientes grises, marchaban agitados por las calles estrechas y tortuosas de la ciudad y con ávidas miradas buscaban algunos el pan, otros las diversiones; otros, finalmente, parados en las bocacalles, espiaban ansiosos y hostiles que los débiles se doblasen resignados a la voluntad de los fuertes.

Fuertes eran llamados los ricos. Todos creían que sólo el dinero podía dar poder y libertad al hombre. Todos deseaban el poder, porque todos sufrían la esclavitud; el lujo de los ricos hacía nacer la envidia y el odio de los pobres; ninguno conocía música más agradable que el tintineo del oro, y como consecuencia, cada uno era enemigo del otro y la crueldad dominaba a todos.

Por encima de la ciudad resplandecía alguna vez el sol; pero la vida era siempre tétrica y los hombres semejantes a las sombras. De noche encendían muchas y alegres luces; pero entonces por las calles comparecían mujeres hambrientas vendiendo sus caricias; por todas

partes penetraba en la nariz el agudo olor de los manjares y en cualquier sitio se veían brillar, silenciosos y ávidos, los tristes ojos de los hambrientos. Y por el espacio, lentamente, subía el lamento sofocado de una inmensa infelicidad, a la que faltaban fuerzas para manifestarse en alta voz.

Todos vivían fatigados y agitados, todos se sentían culpables; muy pocos estaban seguros de tener razón, pero estos pocos, rudos como bestias, eran los más crueles...

Todos querían vivir y ninguno sabía cómo; nadie podía seguir libremente las propias aspiraciones, y a cada paso hacia el porvenir se veía obligado involuntariamente a volverse hacia el presente, el cual, con las manos fuertes y pesadas de un ávido monstruo, detenía al hombre en su camino y le envolvía en sus lúbricos abrazos.

El hombre, angustiado y perplejo, se detenía extenuado ante aquella faz monstruosa de la vida. Con sus mil ojos tristes le miraba en el corazón implorando alguna cosa, y entonces se debilitaban en su alma las imágenes distintas del porvenir, y el lamento de impotencia del hombre se perdía en el coro discordante de los gemidos, de los gritos de todos aquellos infelices mártires de la vida.

Se notaba en todo momento el fastidio, la agitación; ahora el miedo, y en torno a aquellas gentes, inmóvil, como una prisión, reflejando los vivos rayos del sol, estaba aquella ciudad melancólica y tenebrosa, aquellos grupos regulares, desagradables, de piedras que oprimían los templos.

La música de aquella vida no era más que un lamento de dolor y de odio, un apagado susurro de animosidad encubierta, un grito desgarrador de crueldad, un rechinar voluptuoso de violencia....

*

En medio del triste y vano afanarse de dolores y desventuras, en la confusa convulsión de la avidez y de la necesidad, en el fango del bajo egoísmo, por los subterráneos de las casas, donde vivía aquella miseria que había creado la riqueza de la ciudad, giraban invisibles soñadores, solitarios llenos de fe en la humanidad, aislados de todos; predicadores de rebelión, chispas sediciosas del lejano fuego de la verdad.

Llevaban consigo secretamente a los subterráneos pequeñas semillas, fructíferas siempre, de una doctrina simple y elevada, austeramente, con una brillante luz en los ojos, o dulcemente y con amor, sembraban aquella verdad evidente y deslumbradora en los oscuros pechos de los hombres esclavos, transformados, por la fuerza de los avaros y por la voluntad de los crueles, en instrumentos ciegos y taciturnos de lucro.

Y estos hombres oscuros y esclavos, con desconfianza prestaban oído a la música de las nuevas palabras, música que su corazón invocaba confusamente hacía ya mucho tiempo; levantaban poco a poco la cabeza, rompiendo las cadenas de las hábiles mentiras con que les había tenido oprimidos la violencia de los ricos y de los poderosos.

A su vida, llena de animosidad sorda y reprimida; a sus corazones, envenenados por infinitas ofensas; a la conciencia de los fuertes, a aquella vida difícil y triste, llena de amarguras, de humillaciones, llegaba una palabra simple y serena: ¡Compañero...!

La palabra no era nueva para ellos; la habían oído y pronunciado; pero hasta aquel momento había tenido un significado vacío e insulso, como todas las palabras co-